

el indiano



América quedaba más allá del Amboto.

Desde el "Errotatxo", el viejo caserío levantado con piedras despeñadas y roble ancestral hacía Dios sabe el tiempo, el mundo había quedado partido en dos por el punzón eterno de la Peña de Amboto. Y de la herida manaba un riachuelo cuyas aguas podían ser mensajeras, si se sabía escucharlas, de las cartas del aita-jaun, mandado a combatir a las Américas contra la independencia de las Islas. Se lo llevó la guerra, pero un día iba a volver, eso decía la abuela siempre a los hijos, atentos al transcurrir del agua y su mensaje helado.

El río, según la abuela, venía del otro lado de los montes. Porque los montes tenían un pasadizo subterráneo y secreto por donde se colaban los ecos de la guerra.



Los dos hijos cuidaban que no bajara turbia o roja el agua. Mientras no fuera así no había que preocuparse. Podían uncir los bueyes, segar la hierba o vigilar las lamlas que cruzaban de Udala. Transcurría así la vida de este lado y la guerra del otro. No obstante el aita-jaun no regresaría de América en seguida. Se quedó a trabajar al otro lado mientras aquí los hijos le siguieran creciendo.

— Por culpa de la guerra, que nunca ha sido buena para nadie— solían decir las gentes de paso por la aldea fronteriza.

Una casualidad había llevado de Cuba a Nueva Jersey al aita-jaun, que era chagrinador de la Dennis Chrome Tamage Company de Newark, una de las mayores fábricas de curtidos, según refería él mismo.

Al cabo de los años, volvería con el oficio y un dinero para montar una pequeña empresa de curtidos al cromo. Sabía tanto de limpia y macerado, que estaba decidido a instalarse en Salvatierra, en Anzuola o en cualquier otra parte.

Aita-jaun, el indiano lo llamaba la gente, era todo un señor y se hacía respetar por cuantos caseríos le rogaban trabajo.

— ¿Es tan mala la guerra como dicen? —empezaban a preguntarse los hermanos.

Charol y tafiletos codiciados más allá del Amboto darían fama a la empresa del indiano.

Y cuando la guerra propia, iba a alcanzar la fábrica los más fuertes ingresos. Con el cuero de Hungría, piel sobre todo de buey y de caballo, se hacían los correajes para los combatientes. Y los hijos podían ahora lucirlos orgullosos en el frente. Habían sido curtidos al cromo por el sistema Foerderer. Y ellos mismos los habían hinchado con el agua del río y secado al aire de la peña. Sus bruñidos arneses eran lo único hermoso de aquella guerra que, de tanto durar, los fue volviendo ennegrecidos y deformes.

Por culpa de la guerra traicionera, el indiano y su fábrica de curtidos iban a quedar del lado de los que siempre pierden.

¡Esta maldita guerra!

Manaba turbio el riachuelo y nadie se paraba a descifrarle el agua. Por entonces, la cuadra de "Errotatxo" la convirtió el indiano en taller de botero, por si volvían los hijos algún día. Allí curtía y aderezaba ahora los pellejos, que cosía en silla baja y después los vendía para el vino. En otras circunstancias se hubiera vuelto a América.

— Algo habrá que dejarles— solía decir. Y poco a poco fue llenando el entechado de la cuadra de pellejos hinchados.

Y pronto habrían de ser famosos los "zaragis" del indiano. Hasta de Ochagavía vanían todos los años a comprarle uno para el día de la Virgen.

Cada puntada suya con la lezna en el cuero era un agujonazo en sus recuerdos. Iría así repasando toda su historia y colgándola luego de los travesaños. Si recordaba su milicia en Cuba, "¡ay!", se solía decir como quien se ha pinchado sin querer en un dedo. Si en la Dennis de Newark, entonces se paraba en lo que todavía le quedaba para coser de cada odre. Y si eran sus dos hijos los que se le posaban en las mientes, entonces sí que el indiano no sabía qué pensar y terminaba sonándose la nariz como una costurera cabizbaja que estuviera zurciendo en la penumbra.

El día que, de la artritis, le pesaban las manos, o cuando había tenido un cuero dócil y le sobraba tiempo, solía bajar al puesto de mikeletes o al de miñones, cien metros más abajo, a conversar un rato. Conocía bien a todos de cuando le tenían que tasar los pellejos. Solían leerle el periódico y comentaban cómo andarían las cosas por el frente. Pero no tardaron en ser desmantelados aquellos fielatos. Y desde entonces, el indiano optó por no bajar más de "Errotatxo" y se hizo taciturno, casi un misántropo. Si alguien quería un "zaragi", tenía que ir a buscarlo y pagárselo en especies.

Sonaba con su América más allá del Amboto: "Si la Peña volara", se decía. Y a veces se sentaba junto al cauce del río y le arrojaba piedras. Porque si no el silencio se colmaba de voces: la de Martín Abade, que en las tardes de niebla erraba con sus perros por los bosques; las risas de las lamias de Koba-aundi y Santatxa, o el silbido estruendoso del Dragón. Además no quería ver el agua cristalina. Y le tiraba piedras.

Una mitad del día la gastaba en sus cueros y, para no pensar, canturreaba. Pero la otra mitad iba de un lado a otro como un desposeído, siempre con un guijarro o una vara entre manos.

Y como en vino solían pagarle muchos sus encargos, no tardó en darse a él como único sustento. Creía ver al Dragón en sus largos delirios y le reclamaba exigiendo con gritos la vuelta de sus hijos:

— ¡Devuélveme a los chicos, bestia atroz!

Otras veces, en los días más nubosos, se ponía a invocar a la Dama de Amboto:

— Préstame, Marí, tu carro de fuego. Yo mismo iré a buscarlos. Pronto serían sus gritos una leyenda más entre las gentes de los valles cercanos. Y entretanto, la guerra había llegado al Ebro, más allá del Amboto.

El viento bisbiseaba, como una somnolienta letanía, los nombres de algún muerto. Su voz alucinógena tenía drogado al valle. Era una boca el viento que exhalaba entre los negros dientes de los montes un resuello más fuerte que el del vino, un hedor más agudo que el de la amanita muscaria, de efectos más hipnóticos.

Una ermita era el valle sin techumbre y sin horas. Por la bóveda gris hecha de nubes lloviznaban los ecos de la guerra, cada vez más perdida. Los feligreses, ancianos casi todos, no sabían ya distinguir en su memoria los rumores que el viento voceaba: su silbido continuo era como un conjuro indescifrable al que seguían prestando, no obstante, sus oídos.

Y al indiano ya nadie volvió a verlo. Sus gritos flotaban en mitad de aquel conjuro compartido entre abates errabundos, lamias y excombatientes sin sepelio; su vara, confundida entre las ramas de cualquier matorral; las piedras de su mano, colgadas para siempre del hilo del arroyo.

La última vez que alguno atestiguaba haberlo visto fue en las estribaciones de Murugain, lo más probable porque el indiano fuera tras las huellas del Dragón. Otros aseguraban que, confundido entre los pellejos, pendía de un travesaño de la cuadra. Pero nadie hubo capaz de subir hasta "Errotatxo" a comprobarlo. Podía estar embrujado.

La desaparición originó dos bandos adversarios: para unos el indiano habría sido un cobarde, un renegado que lo perdió todo después de haber servido al enemigo; para otros, un valiente que se enfrentó al Dragón con una simple vara, un verdadero mártir de sus garras.

Debajo de la bóveda que formaban los montes y que cubría el conjuro, brotó, como sembrada por el viento, una hostilidad sorda entre los habitantes. El arma que unos y otros empleaban fue el silencio. Decidieron no hablarse ni mirarse a la cara.

— Esperad a que vuelvan los hijos de la guerra— decía el agua neutral del riachuelo.

Nadie quiso pararse a escuchar su advertencia y tuvo que seguir fluyendo el tiempo como un cauce de arroyo desdido.

SEVERINO CALLEJA

el indiano



América quedaba más allá del Amboto.

Desde el "Errotatxo", el viejo caserío levantado con piedras despeñadas y roble ancestral hacía Dios sabe el tiempo, el mundo había quedado partido en dos por el punzón eterno de la Peña de Amboto. Y de la herida manaba un riachuelo cuyas aguas podían ser mensajeras, si se sabía escucharlas, de las cartas del aita-jaun, mandado a combatir a las Américas contra la independencia de las Islas. Se lo llevó la guerra, pero un día iba a volver, eso decía la abuela siempre a los hijos, atentos al transcurrir del agua y su mensaje helado.

El río, según la abuela, venía del otro lado de los montes. Porque los montes tenían un pasadizo subterráneo y secreto por donde se colaban los ecos de la guerra.

Los dos hijos cuidaban que no bajara turbia o roja el agua. Mientras no fuera así no había que preocuparse. Podían uncir los bueyes, segar la hierba o vigilar las lamias que cruzaban de Udala. Transcurría así la vida de este lado y la guerra del otro. No obstante el aita-jaun no regresaría de América en seguida. Se quedó a trabajar al otro lado mientras aquí los hijos le siguieran creciendo.

— Por culpa de la guerra, que nunca ha sido buena para nadie— solían decir las gentes de paso por la aldea fronteriza.

Una casualidad había llevado de Cuba a Nueva Jersey al aita-jaun, que era chagrinador de la Dennis Chrome Tamage Company de Newark, una de las mayores fábricas de curtidos, según refería él mismo.

Al cabo de los años, volvería con el oficio y un dinero para montar una pequeña empresa de curtidos al cromo. Sabía tanto de limpia y macerado, que estaba decidido a instalarse en Salvatierra, en Anzuola o en cualquier otra parte.

Aita-jaun, el indiano lo llamaba la gente, era todo un señor y se hacía respetar por cuantos caseros le rogaban trabajo.

— ¿Es tan mala la guerra como dicen? —empezaban a preguntarse los hermanos.

Charol y tafiletos codiciados más allá del Amboto darían fama a la empresa del indiano.

Y cuando la guerra propia, iba a alcanzar la fábrica los más fuertes ingresos. Con el cuero de Hungría, piel sobre todo de buey y de caballo, se hacían los correaes para los combatientes. Y los hijos podían ahora lucirlos orgullosos en el frente. Habrían sido curtidos al cromo por el sistema Foerderer. Y ellos mismos los habían hinchado con el agua del río y secado al aire de la peña. Sus bruñidos arneses eran lo único hermoso de aquella guerra que, de tanto durar, los fue volviendo ennegrecidos y deformes.



Por culpa de la guerra traicionera, el indiano y su fábrica de curtidos iban a quedar del lado de los que siempre pierden.

¡Esta maldita guerra!

Manaba turbio el riachuelo y nadie se paraba a descifrarle el agua. Por entonces, la cuadra de "Errotatxo" la convirtió el indiano en taller de botero, por si volvían los hijos algún día. Allí curtía y aderezaba ahora los pellejos, que cosía en silla baja y después los vendía para el vino. En otras circunstancias se hubiera vuelto a América.

— Algo habrá que dejarles— solía decir. Y poco a poco fue llenando el entechado de la cuadra de pellejos hinchados.

Y pronto habrían de ser famosos los "zaragis" del indiano. Hasta de Ochagavía vanían todos los años a comprarle uno para el día de la Virgen.

Cada puntada suya con la lezna en el cuero era un agujonazo en sus recuerdos. Iría así repasando toda su historia y colgándola luego de los travesaños. Si recordaba su milicia en Cuba, "¡ay!", se solía decir como quien se ha pinchado sin querer en un dedo. Si en la Dennis de Newark, entonces se paraba en lo que todavía le quedaba para coser de cada odre. Y si eran sus dos hijos los que se le posaban en las mientes, entonces sí que el indiano no sabía qué pensar y terminaba sonándose la nariz como una costurera cabizbaja que estuviera zurciendo en la penumbra.

El día que, de la artritis, le pesaban las manos, o cuando había tenido un cuero dócil y le sobraba tiempo, solía bajar al puesto de mikeletes o al de miñones, cien metros más abajo, a conversar un rato. Conocía bien a todos de cuando le tenían que tasar los pellejos. Solían leerle el periódico y comentaban cómo andarían las cosas por el frente. Pero no tardaron en ser desmantelados aquellos fielatos. Y desde entonces, el indiano optó por no bajar más de "Errotatxo" y se hizo taciturno, casi un misántropo. Si alguien quería un "zaragi", tenía que ir a buscarlo y pagárselo en especies.

Soñaba con su América más allá del Amboto: "Si la Peña volara", se decía. Y a veces se sentaba junto al cauce del río y le arrojaba piedras. Porque si no el silencio se colmaba de voces: la de Martín Abade, que en las tardes de niebla erraba con sus perros por los bosques; las risas de las lamias de Koba-aundi y Santatxa, o el silbido estruendoso del Dragón. Además no quería ver el agua cristalina. Y le tiraba piedras.

Una mitad del día la gastaba en sus cueros y, para no pensar, canturreaba. Pero la otra mitad iba de un lado a otro como un desposeído, siempre con un guijarro o una vara entre manos.

Y como en vino solían pagarle muchos sus encargos, no tardó en darse a él como único sustento. Creía ver al Dragón en sus largos delirios y le reclamaba exigiendo con gritos la vuelta de sus hijos:

— ¡Devuélveme a los chicos, bestia atroz!

Otras veces, en los días más nubosos, se ponía a invocar a la Dama de Amboto:

— Préstame, Mari, tu carro de fuego. Yo mismo iré a buscarlos. Pronto serán sus gritos una leyenda más entre las gentes de los valles cercanos. Y entretanto, la guerra había llegado al Ebro, más allá del Amboto.

El viento bisbiseaba, como una somnolienta letanía, los nombres de algún muerto. Su voz alucinógena tenía drogado al valle. Era una boca el viento que exhalaba entre los negros dientes de los montes un resuello más fuerte que el del vino, un hedor más agudo que el de la amanita muscaria, de efectos más hipnóticos.

Una ermita era el valle sin techumbre y sin horas. Por la bóveda gris hecha de nubes lloviznaban los ecos de la guerra, cada vez más perdida. Los feligreses, ancianos casi todos, no sabían ya distinguir en su memoria los rumores que el viento voceaba: su silbido continuo era como un conjuro indescifrable al que seguían prestando, no obstante, sus oídos.

Y al indiano ya nadie volvió a verlo. Sus gritos flotaban en mitad de aquel conjuro compartido entre abates errabundos, lamias y excombatientes sin sepelio; su vara, confundida entre las ramas de cualquier matorral; las piedras de su mano, colgadas para siempre del hilo del arroyo.

La última vez que alguno atestiguaba haberlo visto fue en las estribaciones de Murugain, lo más probable porque el indiano fuera tras las huellas del Dragón. Otros aseguraban que, confundido entre los pellejos, pendía de un travesaño de la cuadra. Pero nadie hubo capaz de subir hasta "Errotatxo" a comprobarlo. Podía estar embrujado.

La desaparición originó dos bandos adversarios: para unos el indiano había sido un cobarde, un renegado que lo perdió todo después de haber servido al enemigo; para otros, un valiente que se enfrentó al Dragón con una simple vara, un verdadero mártir de sus garras.

Debajo de la bóveda que formaban los montes y que cubría el conjuro, brotó, como sembrada por el viento, una hostilidad sorda entre los habitantes. El arma que unos y otros empleaban fue el silencio. Decidieron no hablarse ni mirarse a la cara.

— Esperad a que vuelvan los hijos de la guerra— decía el agua neutral del riachuelo.

Nadie quiso pararse a escuchar su advertencia y tuvo que seguir fluyendo el tiempo como un cauce de arroyo desierto.

SEVERINO CALLEJA